



Capítulo 35

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

BREVE ENSAYO SOBRE DOS CONQUISTADORES. HERNÁN CORTÉS Y GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

Carlos Neuhaus Rizo-Patrón

I. Hernán Cortés: conquistador y fundador de México

Cuando se examina la conquista de México, es de preguntarse si Cortés se vale únicamente del coraje para llevar adelante la epopeya o si recurre también a la astucia. Astuto es aquel que resulta hábil para engañar o no se deja engañar fácilmente. ¿Llega el conquistador de México a los extremos del engaño, o se detiene, celoso, ante el umbral de la sagacidad? Para resolver esta interrogante habrá que analizar episodios de su vida. Habrá que dar muchas vueltas al huso para encontrar una solución a esta pregunta. Y no se trata de hacer mera gimnasia etimológica o aceptar que existe una sutil diferencia entre la viveza y la astucia. No, en modo alguno, no, que el valor puede estar en medio de la de ambas figuras. Y el lector juzgará hacia qué lado de la montaña habremos de echar a este ingenioso y no muy hidalgo Hernán Cortés.

Bien sabido es que nuestro personaje zarpa de la isla de Cuba dejando a Diego Velásquez, el gobernador, con los crespos hechos. Le ha hecho creer por buen tiempo que juntos conquistarán un nuevo imperio y le ha hecho verter dinero y dispendiar tiempo en grandes preparativos. Sin embargo, a la hora postrera, dejará a Velásquez y partirá solo con la expedición. Desde luego que Cortés se la ha jugado por entero: o gana un nuevo mundo o pierde la cabeza. Si fracasa en la conquista más le valdrá dejarse matar por alguna flecha enherbolada porque de toda suerte, el emperador y sus justicias reales harán cuartillos de su humanidad. Nunca le consentirían volver con vida y el mismo Velásquez podría encargarse gustosísimo de ejecutar la real sentencia que habría de castigar la insubordinación de su rival. Por ello, antes de pisar territorio azteca, obsesionado por su porvenir, envía emisarios a Carlos V para que le digan de viva voz y le expliquen porqué ha tomado a su riesgo esta aventura y cuan grande es el mundo que ha descubierto. Así también tendría razón cuando en abril de 1522 le escribe al joven monarca

de Alemania y de España, con referencia a los aztecas que «vuestra Alteza se puede intitular de nuevo Emperador de ellos, y con títulos y no menos mérito que el de Alemania que por la gracia de Dios vuestra Sacra Majestad posee». ¡Qué admirable manera de dorar esta píldora para hacerse perdonar! Es mucha osadía. Comparar el nuevo territorio con la inmensa región sajona que por la gracia de Dios y de algunos banqueros, Carlos V enseño. Y como se juzga que el título de emperador le resulta grato. Cortés explota esta debilidad. Por algo diría Ramón Menéndez Pidal

memorables palabras, aún no recogidas por la historia, en las que por primera vez se da a las tierras del nuevo mundo una categoría política semejante a las de Europa, ensanchando el tradicional concepto del imperio. Cortés quiere que el César dedique al Nuevo Mundo todo el interés debido, como a su verdadero Imperio, para lo cual, con curiosidad humanística la reseñará la religión, gobierno, historia, costumbre y riquezas de Méjico (Magariños, 1945).

Es evidente que la conquista de México encuentra oro plata y riquezas en proporciones fabulosas. Durante tres siglos, la Nueva España ha dado razón a Cortés cuando —ya lo dijimos— le augura a Carlos V un imperio tan poderoso como el germano.

Corren rumores que Cortés es un tanto generoso consigo mismo cuando se reparte el oro mexicano. Al producirse la consabida distribución se hace en primer lugar, un montón aparte para pagar el famoso quinto real y luego salen muchas otras deducciones que no gustan mayormente a los aventureros. Cortés pide, por ejemplo, para sí otro quinto igual al del rey el resarcimiento de ciertos otros gastos que se han hecho en Cuba, así como la devolución del dinero que se envía a Carlos V con los emisarios y, en fin, muchas otras menguas. En buena cuenta lo repartible resulta bastante exiguo, cosa que excita a la soldadesca y le incita a clamar por mejores partes.

Para evitar una posible borrasca, Cortés apela otra vez a los inagotables recursos de su ingenio. Endereza a sus compañeros un discurso lleno de palabras y argumentos convincentes, en suma, un parlamento muy sugestivo. Renuncia hidalga, aunque tristemente, a ese quinto que le corresponde, no por capitulación con la corona sino por democrático convenio con sus soldados que le han hecho capitán general. Enseguida les habla de no desesperar por el poco dinero que pudieron hallar en este reparto, porque —dice— faltan en México muchas ciudades por descubrir y muchas riquezas por ganar. Y se calma. El problema quedaría bastante disipado.

No obstante habrá algunos que descontentos, escépticos o acaso ávidos de mayores dineros, insistirán tras bastidores, en el clamor. Y Cortés tendrá la paciencia de llamarlos privadamente y darles de su peculio algunas cosas

adicionales a título de favor personal y muy secreto. Con esta doble política, objetivamente injusta pero subjetivamente feliz, salvará los problemas que ya suscita la manzana de oro.

Fernando Benites (1950, p. 133) narrará otro episodio que revela el ingenio del conquistador de México. «A las quejas de Monctezuma, —apunta— Cortés antepone las suyas propias diciendo como una noche, sin despedirse, el emisario Cuitlalpítoc abandonó el real, siendo ello causa de que buscaran refugio entre los pueblos totomecas donde los recibieron con amor y juraron obediencia y sumisión a Carlos V». Este relato, aparentemente intrascendente, nos traduce otras de las facetas de Hernán Cortés. Es ingenuo pretender que Cortés ofrezca una batalla frontal y decisiva al gran Monctezuma. La táctica continua de esa guerra azarosa es ganar pequeños bastiones, conquistar de a pocos a los pequeños caciques, enemistando a los unos con los otros, pues la estructura azteca no puede ser enfrentada bruscamente. Y al mismo tiempo Monctezuma debe conocer que los pueblos otrora sometidos por su imperio, están cambiando el símbolo de las águilas aztecas por el águila bicéfala de Carlos V. Y Cortés en aquel parlamento con el emperador le hará conocer, de soslayo casi, cómo los poderosos Totomecas no pertenecerán más a su órbita imperial. Es evidente que esta noticia produce escozor en Monctezuma, quien enviara emisarios para comprobar la veracidad del aserto, y por otra parte al comprobar el hecho, su moral guerrera o mejor dicho, su optimismo bélico, quedará notoriamente menguado.

La misma captura de Monctezuma es otro episodio que muestra generosamente los veneros del ingenio cortesiano. Con mil recursos y tácticas. Cortés tratará de llevarle a su campamento y sacarle del fastuoso palacio donde vive. Porque le ha prometido darle tratamiento de gran señor y mantenerle con el boato propio de su alcurnia imperial. Cortés dice a Monctezuma: «Debo responder a su Majestad de las muertes ocurridas. En tanto que se aclara la verdad es necesario que vengas a vivir con nosotros, en donde nos alojamos». Y añade: «no tengas pena, porque no estarás preso, sino en libertad, como en tu propia casa»

Monctezuma indignado respondería: «¿Cómo pretendes mandar sobre mi persona? Aunque accediera a ir mi pueblo no lo toleraría».

Cortés insiste con firmeza: «Nada revelará a tus vasallos que estás preso. Harás lo que quieras, y los míos te servirán en todo».

Tiene lógica lo propuesto por el conquistador. Si Monctezuma es considerado prisionero de los españoles, es posible que el pueblo se rebele de inmediato. Es preciso disimularlo. Para ello se prepara el montaje con gran escenificación.

Durante los primeros días del cautiverio se le tiene muchas consideraciones al gran Monctezuma. Tan es así que cierto día, un soldado altivo y arrebatado prorrumpie en duras voces contra él reclamándole nada menos que mujeres

y Monctezuma, pese a su condición de prisionero escucha con altivez y no se doblega ante los gritos del desaprensivo soldado. Pero es Cortés quien tercia en el diálogo y con voces más rotundas aun, detiene al soldado y ordena a que le den horca por tanta irreverencia al emperador.

Monctezuma quedará muy halagado por el gesto de Cortés y, pedirá que el soldado no pierda la vida por una mujer. Cortés, muy orondo, simula ser benevolente y accede al indulto que le pide el Emperador. Valga la seguridad que ni siquiera azotes manda dar al hombre sino tal vez, las mujeres que reclama...

Llega un momento en que los aztecas consideran irritante la presencia de las huestes hispánicas. Al principio se les recibe como a grandes señores y se les tributa el mejor de los tratamientos, sin embargo, pronto les resultan hostiles. No obstante, conviene a Cortés ofrecer la impresión de un pronto retorno. Y como carece de naves porque ha dado al través con ellas, en el famoso episodio de Veracruz, manda hacer astilleros para fabricar navíos. Todo esto se hace con tanto celo y esmero que todos, hasta quienes trabajan en los talleres náuticos, creerán a pie juntillas que se trata de un verídico episodio.

Jamás Cortés pretende otra cosa que dar una falsa impresión de su viaje de retomo. En momento alguno piensa zarpar. ¿Y para qué entonces dispéndiense tantas energías en aquella tarea? La respuesta es obvia: mal consejera es la ociosidad para cualquiera y más para un ejército. Con el astillero mantiene ocupada a su gente y les dona la ilusión del regreso. Con ello, les ha devuelto el optimismo.

Por último, la noche triste en que se ven obligados a huir trágicamente de México —esa suerte de noche de San Bartolomé que pasan los cristianos en territorios azteca— también servirá al capitán general para demostrar su ingenio y extraer provechosas conclusiones. El otrora partidario de seguir adelante siempre, sin vacilaciones ni consentimientos, habrá tenido que dar orden de retirada. ¿Cómo quedaría su prestigio ante su tropa?

Cortés, hombre de mil vericuetos verbales, pródigo en hallar soluciones a todos los problemas, anticipará aquello que la ciencia bélica vendrá a dar la categoría de una teoría. Pero dejemos al personaje que hable por sí mismo y explica: «que no debía guiar entonces la retirada como desamparo del caudal adquirido, ni del intento principal sino como una disposición necesaria para volver a la empresa con mayor esfuerzo al modo que suele servir al impulso del golpe la diligencia de retirar el brazo [...]».

Cuando nos referimos a Hernán Cortés y examinamos su peripecia mexicana, encontramos rasgos de heroísmo y de valor. Y acá surgen algunas dudas: ¿podríamos considerar heroísmo el episodio famoso del hundimiento de las naves? ¿O se trata únicamente de una acción estratégica? A nuestro entender lo de las naves es heroico. Y véase el porqué.

Pese a que habremos oído muchas veces decir que Cortés «quemó sus naves» y hasta habremos visto el incendio, generosamente, presentado en cinematográfico technicolor, en ningún momento se ha quemado aquellos maderos. Lo ocurrido es muy distinto.

Cortés está cabalmente enterado de las distensiones que se producen dentro de su gente. Sabe que algunos aún guardan lealtad por Diego Velásquez, el gobernador de Cuba que queda varado en la Isla mientras Cortés zarpa con los navíos que ambos han preparado durante buen tiempo. Conoce este último que mucha de su gente prefiere regresar y que está dispuesta a volver grupas —mejor diríamos, volver proas— a la primera de bastos. Es necesario entonces detenerlas. Para ello no queda sino una actitud radical: hundir las naves.

Pero Cortés es astuto y precavido. No puede darse el lujo de dar al través con los barcos y echar a pique todo lo valioso que se encuentra a bordo. Además, las naves tienen muchos aparejos que pueden ser utilísimos en la campaña de más tarde. Por ello, el conquistador mide certeramente los pasos que habrá de dar. No se ofusca como un tigre tras la presa. Llamará a algunos marineros de su extrema confianza y les pedirá que esparzan la voz que es necesario hundir los navíos porque se encuentran en mala condición.

La noticia caerá como un rayo pero las más de las gentes quedan persuadidas de esta necesidad. Entonces resulta permisible y muy excusable, comenzar trabajos a bordo para dismantelar las naves y sacar de ellas todo lo útil. Esta labor toma algún tiempo y, finalmente, una vez que se ha recuperado lo más posible, los buques son dados al través.

Se conjugan con destreza el ingenio y el valor en este episodio. Hay brillantez en la idea de hundir las embarcaciones para evitar las deserciones. Y hay innegable valor en tomar una decisión de esta calaña cuando se sabe que sin navíos es casi imposible el retorno vale decir, la muerte colectiva.

Antonio de Solís cuenta en su *Historia de la Conquista de México* que Cortés

resolvióse a deshacer la armada y romper todos los bajeles, para acabar de asegurarse de sus soldados y quedarse con ellos a morir o vencer, en cuyo dictamen hallaba también la conveniencia de aumentar el ejército con más de 100 hombres que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolución a sus confidentes y por su medio se dispuso, con algunas dádivas y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen una vez que las naves se iban a pique sin remedio de aquel puerto. Sobre cuya disposición cayó como providencia necesaria la orden que dio Cortés para que sacando a tierra el velamen, jarcias y tablazón que podrán ser de servicio, diesen a través con los buques mayores, reservándose solamente los esquifes para el uso de la pesca. Resolución dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista [...].

Podría escribirse una antología de proclamas que lanzan los grandes capitanes en vísperas de las batallas. Antología con sabor añejo, viril y romántico, propia de una época ida en que las grandes distensiones entre los pueblos se resuelven en luchas a brazo partido entre jinetes e infantes y muchas veces las contiendas se defienden mediante los inverosímiles «juicios de Dios». Hoy día la proclama ha sido reemplazada por los fríos alegatos de las cancillerías.

Hernán Cortés está en la plenitud de ese tiempo. Siempre tiene palabras sonoras y emotivas para sus huestes en vísperas de cada batalla. En cierta oportunidad les dirá simple y trágicamente que «llegó el caso de morir o vencer; la causa de nuestro Dios milita por nosotros», «somos pocos y no tenemos más socorro y ayuda que la de Dios, salvo vuestro buen pelear y corazones fuertes».

Sin embargo, algo distingue a Cortés y en general a los grandes capitanes del siglo XVI de aquellos que más tarde armarán las páginas de la historia. No es personaje el que durante las batallas se mantiene en una tienda de campaña, alejado del tumulto guerrero y premunido de poderosos anteojos que le permiten acortar con la vista la distancia que hay para los pies. Como diría uno de sus compañeros «siempre en las batallas le vi que entraba juntamente con nosotros, no decía palabra fea ni injuriosa a ningún Capitán ni soldado e muy porfiado, en especial en las cosas de guerra». Se bate siempre en primera línea, expuesto a las acechanzas del enemigo y a los peligros que guarda la contienda de cuerpo a cuerpo.

Esta manera de ser acrecienta su prestigio entre sus gentes, quienes le tienen simpatía porque gusta de hablarles clara y virilmente. Se cuenta de él que, de cuando en cuando, se presenta de improviso en las tiendas de sus soldados y si alguno no se halla vestido, inclusive a las horas de reposo, quizá la recrimina diciéndole «que a la oveja ruin le pesa la lana». Santiago Magariños (1945, p. VII) apunta que «era muy sufrido y no perdía jamás los ánimos por muchas espinas que ensangrentaran los caminos. En sus fracasos sacaba nuevas fuerzas. Como don Quijote, Cortés con sus buenas razones, quitaba la cobardía a los soldados y les ponía garras. Les daba condiciones y cualidades de espíritu. En las infinitas escaseces, en los tremendos rigores del hambre, siguen caminando, caminando sin cesar».

Hernán Cortés reúne en sí aquellas cualidades magnéticas. En todo da señales de gran señor. «Era de muy afable condición y era latino, y oí decir que era Bachiller de Leyes, era algo poeta y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica e rezaba en unas horas que oía misa de devoción». Estos apuntes que llevan la inspiración del Bernal Díaz del Castillo, el soldado de la conquista, retratan cabalmente al personaje. ¿Sin estas cualidades cómo habría podido dominar la campaña que traza contra él Diego Velásquez tan luego ha partido de Cuba? ¿Acaso este no mandará a su pariente el encomendero Pedro Barba, que está al otro

extremo de la Isla, que detenga a Cortés, quien tiene de todas maneras que hacer escala con la flota? ¿Acaso no manda, se repite al dicho Barba para que le capture? Sin embargo, este personaje se toma adicto a Cortés. ¿Sabe Dios qué palabras melifluas sabe ponerle en el oído el futuro conquistador de México para vencer su débil resistencia! Y por último, Bernal Díaz, también pariente de Velásquez, le sigue fascinado durante toda la campaña.

Hace mucho es verdad el ingenio del personaje para la cosecha de adeptos. Un hombre que tiene frases felices, ocurrencias brillantes en momentos oportunos, sabe despertar innegable simpatía. Nadie podría olvidar que ha sido comidillo de la soldadesca el hecho que Narváez, enviado por Velásquez desde Cuba para prender a Cortés, es no solo derrotado sino capturado. Y entonces protestaría de su prisión y exclamaría: «Estimad en mucho señor Hernando Cortés, la aventura que habéis tenido en prender mi persona».

Y Cortés, socarronamente le contestaría delante de su gente: «Lo menos que en estas tierras he hecho ha sido vuestra prisión». Y así quedaría, sin más ni más.

Y cuando Cortés para detener una insurrección que amenaza la estabilidad de la campaña, captura a los traidores y les sentencia a horcas y azotes, repliega su espíritu y con teatralidad pasmosa exclamaría: «¡Oh, quien no supiere escribir, para no firmar muertes de hombres!»

Hablar de los amoríos de Cortés equivale a escribir una novela rosa. Ya lo dicen sus contemporáneos, tratase de un hombre de «buena estatura y cuerpo, e bien proporcionado e membrudo e el calor de la cara aparece algo de ceniciento e no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, en los ojos, en el mirar algo amoroso, las barbas [...] era buen jinete e diestro en todas las armas». Y a más de sus atractivos intelectuales se suma una buena presencia física que impone dé inmediato. Además es muy dado a vestirse bien.

La página sentimental de Cortés se anuda fundamentalmente con doña Marina, la indígena azteca que le ama, sirve y ayuda extraordinariamente. Pero valga recordar que Cortés es casado. Ha contraído nupcias en Santiago de Cuba nada menos que con Catalina Juárez, casi cuñada de Diego Velásquez, el gobernador, pues éste anda de amoríos con otra de las Juárez. Sin embargo, esto parece tener poca importancia para nuestro personaje como no la tendría para casi ninguno de los grandes capitanes españoles que vienen a América.

Pero Marina dista mucho de ser algo más que una barragana. No es tampoco la «rabona» de Cortés, sí a juicio de Fernando Benites, ella

evitó un derramamiento innecesario de sangre en Campoala, descubrió la conspiración de Cholula, y su conocimiento del alma indígena, su tacto y su inteligencia constituyeron para Cortés una colaboración insustituible. En otro aspecto, Marina fue un soldado más en la conquista. No abandonó su puesto al lado del extremeño

en las horas de mayor peligro; entró con él a Méjico; sufrió el desastre de la noche triste y aunque con frecuencia no se la mencione sino como la lengua, puede sentirse la tremendamente activa en toda la campaña.

Sin embargo, después de darle un hijo es cedida por Cortés a uno de sus capitanes.

No es Cortés un soldado basto e ignorante. No, tratase de un hombre culto que hasta ha recibido un ligero baño de Salamanca y a más, es hombre leído como lo prueban sus discursos y sus citas clásicas en muchas oportunidades. «Fuese Bachiller o no fuese —dice Magariños— que al caso no importa, hemos de ver a Cortés revelar en su vida igual aptitud para las letras que para las armas». Además es «latino», vale decir que conoce esta lengua. No creemos en realidad que tenga conocimientos profundos ni que hable el añejo idioma. Pero conoce algunas expresiones y se puede dar el lujo de estampar sobre su estandarte frases como esta: «*Amici sequamur crucem. Et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus*» («Amigos sigamos la cruz; porque si fe tenemos con esta señal venceremos»).

Pero acaso la religiosidad —no la moralidad— constituye su perenne obsesión. Llega inclusive a la imprudencia cuando persiste en romper ídolos. A más de hacerles jurar obediencia Carlos V y a todos los caciques que encuentre a su paso les exige desde luego el pleno sometimiento a la religión cristiana.

Llega a extremos su actitud cuando alcanza la ciudad de México y es recibido por Monctezuma. Poco después de llegado, sube al Teocalli de México, fastuoso templo azteca en forma de pirámide, adonde coge una barrera de hierro y destruye los ídolos ante la alarma de quienes presencian la escena. ¿Tiene en realidad necesidad de hacer aquello? Ninguna, a nuestro entender. Lo hace por amedrentar y por seguir las huellas de su vocación religiosa. Y al final de cuentas en vez de los ídolos paganos estarán la Virgen y San Cristóbal, únicas estatuas que se tiene a la mano.

Es natural que esta actitud produzca conmoción en la indiada y como sobreviene una sequía —¡mal agüero!— ello se atribuye a la rotura de los ídolos. Cortés, ayudado otra vez por la mano generosa de la Providencia elevará oraciones y vendrá luego una terrible lluvia que pacificará los reproches religiosos de los aztecas.

Cuando se enfrenta a los indios, les dirá con grandes voces: «Lo que os vengo a decir de parte de nuestro Dios es que adoremos a un solo Dios verdadero, que lo que tenéis por Dioses no son sino diablos, que son cosas muy malas». Es de imaginarse la reacción de los naturales ante la palabra diablo. ¿Qué extraño personaje sería éste que surge para amenazar la vida y la prosperidad? ¿Cómo es posible que de la noche a la mañana aquellos ídolos que han adorado en todos los Teocallis y que tantas venturas sin duda les han proporcionado, habrán de convertirse en diablos? Cortés no logra este milagro, acaso lo realizan con paciencia y perseverancia cristiana sacerdotes durante muchos siglos de empeños y predicación.

Pero en el primer momento a Monctezuma ni a nadie le hace mayor gracia esta transformación de dioses en diablos, al punto que aquel se arrepentirá de haber mostrado sus dioses al presunto «*teúl*» hispano¹.

Sin embargo, Cortés, con el mayor desenfado, pedirá al emperador azteca una capilla para que sus soldados tengan lugar adonde elevar sus preces. Y se dará el caso, primero en la historia de aquella tierra, que orfebres y carpinteros indígenas se dedicarán a preparar un templo cristiano en uno de los salones del palacio.

Cortés es hombre por lo general prudente en todos sus actos. Sin embargo sus actitudes religiosas representan una tremenda excepción. Llega muchas veces a la imprudencia de hablar a los naturales de sus malos dioses con denuestos y frases despectivas.

Gracias a la traducción de doña Marina, Monctezuma oirá que Cortés exige que sus súbditos suspendan los cruentos sacrificios que ofrecen, hecho que por cierto enardece a Monctezuma y acaso precipita su rechazo.

Cuando habla con los enemigos de Monctezuma, otros pueblos de México, les dirá también que les ofrece todo su apoyo a condición que abandonen sus ídolos. Y les pedirá «en aquellos sus altos cúes, no habían de tener más ídolos, él les quiere dejar una gran señora que es Madre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos para que ellos también la tengan por Señora y Abogada», cuenta así Bernal Díaz del Castillo, el soldado que le acompaña y escribe la crónica de la epopeya.

El ingenio de Hernán Cortés se confunde algunas veces con un sólido propósito de legalizar los actos de su conquista. No en vano la enseñanza que ha obtenido en Salamanca presiona sobre su persona y le insta a protocolizar jurídicamente los actos que comete. Conociéndole es preciso creer que se trata fundamentalmente de una mera conveniencia.

Su consagración como capitán general merece un detenido examen... pero dejemos que lo relate Carlos Pereyra con su erudita pluma:

La parcialidad de Diego Velásquez, —anota— suspicaz e inquieta, quiso detener los vuelos de Cortés. ¿No era tiempo de volver a Cuba con los rescates? Poblar no se podía, por ser ellos pocos, grande el número de los indios, y estar agotados completamente los mantenimientos.

Cortés les contestó que era mal consejo volver cuando de nada podían quejarse, pues solo hacían falta los víveres y se podían adquirir tomándolos de los indios.

¹ Teúl significa Dios en lengua aborígen y teúles llaman el primer momento a los españoles por creerles divinidades.

Para vencer la resistencia de los empeñados en volver a Cuba, Cortés concertó un plan. Sus partidarios iban por la noche de choza en choza, llamado a los más resueltos y diciéndoles:

¿Pareceos, señor es que Hernando Cortés así nos haya traído engañados, pues dio pregones en Cuba que venía a poblar, y agora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar?. Quieren que nos volvamos a Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos y tomaráse el oro Diego Velásquez, como la otra vez. Mirad, señor, es que habéis venido también con Hernández de Córdoba Y con Juan de Grijalva. Habéis quedado empeñados, aventurando tantas veces la vida. Debéis, señores, cuidar que no pase esto más adelante. Aquí estamos muchos caballeros para que esta tierra se pueble en nombre de S.M. y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad, hacerlo en Castilla a nuestro Rey y Señor. Tened, señores, cuidado, de dar el voto para que todos le elijamos como capitán, de unánime voluntad, porque es servicio de Dios y de nuestro Rey.

Sabido este concierto por los deudos y amigos de Velásquez, echaron en cara a Cortés que anduviese con maquinaciones para burlar al gobernador de Cuba. Cortés oyó las razones que le daban para volver y, fingiendo que las aceptaba, mandó que se pregonase el regreso a Cuba. Con esto, los partidarios que tenía, a su vez tomaron la ofensiva, declarando que ellos se quedaban y que se volviese quien gustase de hacerlo. Insistieron en que Cortés tomase el mando cosa que él rehusaba.

Cortés lo aceptó y aunque se hacía mucho de rogar, y como dice el refrán, tú me lo ruegas e yo me lo quiero, y fue con condición que le hiciéramos justicia mayor y Capitán general, y lo peor de todo, que lo otorgamos, que le diésemos el quinto de oro de lo que se o viese después de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes [...].

Ante escribano, y con toda solemnidad, Cortés quedó declarado justicia mayor y capitán general. Este acto de habilidad desligó a Cortés de su socio. Velásquez lo había mandado para que explorara y rescatara (Pereyra, 1947).

Diego Velásquez, desde Cuba, no es la única amenaza que se cierne sobre la expedición cortesiana. Un buen día se tienen noticias que algunos navíos merodean en la costa sin atreverse a echar anclas cerca de la playa. Cortés presuroso acude a la costa. En buena cuenta no hace sino rendir homenaje a un dicho que repite con frecuencia... «cabra coja no tenga siesta». Ahí encontrará a tres emisarios que han venido desde las naves y le dicen que debe compartir los límites de su conquista con Francisco Garay que es gobernador de Jamaica, quien tiene licencia, alegan, para descubrir en aquellos parajes. Cortés les atiende con extrema delicadeza pero al mismo tiempo le cruza la idea de capturar aquellos navíos y hacerse de la gente para reforzar sus huestes. Para ello se le ocurre una estratagema: capturar a los enviados,

quitarles la ropa y vestir con ella a tres de sus hombres. El cebo parece perfecto y los tres disfrazados hacen señas a la gente de abordo para que bajen. Sin embargo, algo extraño acontece, pues los navíos vuelven popas y retornan sin haber caído en la celada que les tiende ingeniosamente el capitán extremeño.

Antes de producirse la contienda entre Pánfilo Narváez, el enviado de Diego Velásquez, y las fuerzas de Cortés, se da un episodio que ilustra una vez más aquella extraña mixtura de leguleyismo y agudeza que caracteriza los actos de nuestro personaje.

Narváez ha enviado un escribano que porta carta de prevención para evitar un conflicto y ordena a Hernán Cortés que se someta a la ínclita autoridad de Diego de Velásquez. Con mucha paciencia el extremeño permite que el escribano de lectura a las piezas que conduce. Y una vez que acaba de recitar el texto admonitorio de las mismas, Cortés sorpresivamente interrogará al escribano: «¿Dónde lleváis el título que os acredita como enviado de Narváez y que os permite dar lectura a esta notificación?»

El escribano, aturdido, no sabe qué contestar. En verdad, carece de títulos. ¡Pero quién ha de pensar en investir de credenciales a un escribano en medio de aquellas circunstancias! Claro está carece de fundamento la requisitoria cortesiana pero en estricta justicia, ateniéndose a las más prístinas reglas jurídicas quien funge de enviado debe tener cuando menos un documento que lo certifique como tal. Esta omisión es suficiente para permitirle a Cortés una sonrisa traviesa y cargar a Narváez con una irrecusable lección jurídica.

II. Gonzalo Jiménez de Quesada: conquistador y fundador de Nueva Granada

Gonzalo Jiménez de Quesada es un conquistador letrado y a más de ello licenciado. Germán Arciniegas duda que este personaje reciba la licenciatura en Salamanca, pero Raymundo Rivas asegura que tiene el título. En realidad no es dudoso que sea licenciado sino que estudie en Salamanca. No obstante es dable creerlo porque aquel centro de estudios es entonces el indicado para tomar conocimiento de leyes.

No va a América, como tantos otros, por la imposibilidad de ganarse en su patria la subsistencia o una posición elevada, no. De hidalgo linaje e hijo de un gran letrado, jurisperito de la Audiencia de Granada, que siempre tuvo cargos honrosos en Castilla ha hecho estudios completos de jurisprudencia y ya con su título de licenciado litiga con éxito, tanto en la Chancillería de la Ciudad de Boabdil, su patria, como en Valladolid y Barcelona (Rivas, 1923, p. 6).

Se supone que el conquistador es hijo de Gonzalo Jiménez y que debe nacer en la ciudad de Córdoba en casa de su madre, allá cerca de la ermita de Fuentesana. No estamos ciertos si tiene éxito o no en el ejercicio de la profesión de abogado, pero hay quien apunta que sea obligado a salir de la ciudad, a raíz de un litigio que tiene —nada menos— contra su padre. Sea verdad o no, el hecho es que se trata de un abogado a la fuerza, que piensa en el sable antes que en la vara de la ley y en el yelmo antes que el birrete...

La honorabilidad de Quesada, está fuera de discusión y a más, es retratada por muy principales escritores de aquel su siglo. Vicente Restrepo (1897, pp. 42-43) recoge los comentarios que escriben algunos autores de la época tales como Oviedo y Herrera. El primero diría: «muchas veces tuve plática en Madrid con el licenciado Jiménez y en Valladolid en la Corte del Príncipe Felipe, y nos comunicamos; y a la verdad es hombre honrado y de gentil entendimiento y bien hábil».

Herrera asegura «que este riquísimo reino de Granada, descubrió y pacificó [...] el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, mostrando prudencia en el gobierno de las armas y en lo demás, porque merece ser para siempre loado». Y en algún documento que emana del Consejo de Indias se apunta que jamás hizo mal «ni daño ni crueldad a los indios ni españoles [...]».

No es hombre que se deja amilanar fácilmente y personaje que, según Arciniegas, «por las calles suelta la vena de su ingenio que es alegre, vivaz, dicharachero, y solo se apaga y acongoja cuando está solo, o cuando abre su alma a la moza que le mima [...]».

En sus arengas a los soldados revela Quesada una exquisita capacidad para persuadir. Sus discursos están colmados de frases de efecto mágico. Hay ricas imágenes que convencen de inmediato. Poco antes de entrar al valle de su destino, ya cerca de donde fundaría la ciudad de Santa Fe de Bogotá, echa algunas palabras que calan hondo en el corazón humano. En su discurso recordara que «preguntado Marco Catón cómo había vencido en cierta ciudad de España, respondió que caminando en dos días lo que se andaba en cuatro, porque si la prevención es de trueno, la ejecución debe ser de rayo». Y aunque esta frase quedaría inculcada en la historia, su hazaña, paradójicamente y para desdicha de aquel conquistador ha sido precisamente contraria a ella.

En otra ocasión diría: «¿De qué haber librado las vidas cuando tantos buenos amigos han perecido, sino las aventuramos de suerte que nuestro nombre se eternice o una honrosa muerte nos disculpe?» Aparentemente, el hombre se siente atormentado porque no ha fallecido en la lid; porque ha visto morir a tantos en su rededor que ya siente una suerte de dolor por seguir viviendo y a instancias de tanto estímulo heroico busca «la honrosa muerte que no disculpe [...]».

Más adelante dirá muy conceptualmente que «Nunca fueron pocos soldados los buenos, ni muchos enemigos los que guerrean desordenados». Y por último, como repele a su espíritu combatir por combatir prefiere siempre recurrir en todas las instancias al ingenio, al buen trato con los naturales, dirá: «de los mayores aciertos fue medianera la paz y el agasajo, conveniencias entrambas que aun lo más bárbaros apetecen».

Hablar de Jiménez de Quesada y de la generosidad o indulgencia es casi decir lo mismo. Acaso es uno de los conquistadores españoles más largos en dar y más amplio en pensar que pisa suelo americano. Multitud de anécdotas revelan el talante del letrado soldado y permiten descubrir un corazón muy hidalgo detrás de los mandobles de la espada o de los truenos del arcabuz.

¿Qué suerte de generosidad posee el conquistador de Nueva Granada? Es preferible observarle en algunos gestos para juzgar luego.

Para entender el aspecto metálico de esa aludida generosidad, bien vale relatar el episodio de la partida de naipes que recoge Castellanos en sus *Elegías*. Según narra Germán Arciniegas:

Hernando Pizarro suele encontrarse con Quesada en los garitos. Quesada va aflojando el ánimo en esta corte absurda y contradictoria, y echa por el camino del placer adonde le llaman las mujeres pendientes de sus relatos y sus ducados y los tahúres codiciosos de su oro. Un día se encuentran en la mesa de juego, Quesada, Pizarro, Pedro Almirez y algún otro. Mientras arrojan los naipes a la carpeta, suelen decir denuestos o alardear de sus conquistas. Una criada de la casa se les acerca sonriente e insinuante. Pizarro, que acaba de ganar la partida, le alargaba una corona. Pedro Almirez y el otro, vencidos por la gracia que ha hecho brillar la moza en los dientes y en los ojazos hacen lo propio, y cada uno le da una corona. Quesada, sacando un diabólico orgullo de su propia derrota, pues estaba perdiendo en el juego a favor de Pizarro, perdía también en la corte, pero Quesada toma unos escudos de oro y los pone en el canto de la falda, que ella levanta gustosa diciéndole: no he ganado mano con estos generosos caballeros; pero agora hago de cuenta que la gano dando vos estos escudos (Arciniegas, 1939, p. 221).

Antes cuando sus afanes se vuelcan en la expedición que surca el río Magdalena para alcanzar la entraña del territorio colombiano, cuando los soldados padecen mil infortunios derivados de enfermedades, animalejos, ataques indígenas y así, un vasto repertorio de calamidades, Quesada mostraría el temple de su espíritu al bajar muchas veces de su cabalgadura para que ésta sirva a los enfermos. Y como un soldado cualquiera recorrerá a pie y soportará las mismas fatigas.

Otro día, se encuentra en el campamento, holgando con los soldados y acaso comentando los azares de la guerra. Hasta ese momento son victoriosos y han

capturado buena cantidad de indígenas, pero de pronto se alza un barrullo general y en medio de todos surge una india desnuda que, impávida, atraviesa el campamento y llega al lado de uno de los indígenas prisioneros. Nadie osa atacarle y todos le miran estupefactos. Cuando Quesada inquiera por el motivo de esta incursión, se le responde que la indígena solo desea estar al lado de su hijo doquiera fuese a parar este, cualesquiera fuere su destino. Quesada, impresionado por el gesto, perdona la vida y suelta a ambos, madre e hijo para que gocen de una libertad que nace de su indulgencia.

Cuando da tormento al cacique Saquesaxigua, duro remordimiento le sobreviene. Nubarrones de inquietud se ciernen sobre su mente y le tienen agitado y contrito. Pero más tarde su conciencia le hace ver el error que ha cometido y llega inclusive a reconocerlo. En verdad «el licenciado Gonzalo Jiménez mostró en todas ocasiones largueza y desprendimiento, le gustaba el lujo y la ostentación y era magnífico en su porte» (Restrepo, 1897).

Asimismo, el general Joaquín Acosta, citado por Restrepo, juzgaría que Quesada es «verdaderamente humano y reprobaba las rapiñas y violencias de sus soldados. La historia no le ha hecho todavía justicia [...] este caudillo fue muy superior a los demás conquistadores en respeto y consideraciones por la raza indígenas, y que si cedió algunas veces al irresistible impulso de la época en que vivía, en las más mostró entrañas de cristiano y de hombre culto».

Quesada como los grandes conquistadores es hombre eminentemente religioso. Pero supera el misticismo o los actos de fe por un concepto algo más y elaborado. Nuestro personaje, aposentada ya la conquista y establecida la ciudad de Santa Fe de Bogotá, forma parte, como «Procurador de todas las ciudades del reino, en el primer Sínodo Episcopal, convocatoria por el Arzobispo de Santa Fe, con el objeto de regular la disciplina eclesiástica y facilitar la conversión de los indígenas».

Los conocimientos teológicos que debe poseer, no solo le permiten participar en aquel sínodo sino que más aun, en cierto momento le facultan para darse el cristiano lujo intelectual de escribir sermones a fin que estos sean predicados por los sacerdotes en homenaje o sufragio de las almas de aquellos que han muerto en la conquista.

Cuando se establece la ciudad de Santa Fe de Bogotá, desde el primer momento manda Quesada construir una iglesia y doce casas que recuerden vivamente a Cristo y a los doce apóstoles. Y así, con mano de obra indígena, desarrollará para el alma y el cuerpo de españoles, una suerte de geométrica arquitectura católica.

Esta elegía relata Arciniegas, que cuando se celebra «el día de la Asunción de Nuestra Señora no era razón caminarlo; lo que se hizo en el entretanto, fue que el General y otras personas principales se confesaran y comulgaran por ir con más

devoción a robar al cacique de Tunja e ir más contritos a semejante acto, poniéndose con Dios de aquella manera, para que no se les fuese el hurto de las manos [...]».

La misma escena que ha puesto Hernán Cortés en México y que armará luego Valdivia en Chile para conferirse título de gobernador general es también repetida por Jiménez de Quesada cuando le toca el momento.

Vale consignar que el origen de este ardid se remonta al nombramiento del adelantado de Pedro Fernández de Lugo, hombre que antes rige las Islas Canarias, y que pasa a América con el propósito de conquistar pero suplantando a Quesada.

Jiménez de Quesada quedaría al servicio del tal Pedro Fernández de Lugo pero hastiado este de los sinsabores que le produce la vida en Santa Marta, no se atreve a seguir adelante y emprender la conquista del Nuevo Reino de Granada. Para ello requiere el concurso de un hombre hábil, joven y audaz. En otras palabras precisa la colaboración de Jiménez de Quesada para llevar a éxito esta empresa y por ello le hace Adelantando de la misma. Pero con las peripecias sufridas, la expedición se ha reducido en tan grande número que son muy pocos los que llegan a Santa Fe de Bogotá y muy pocos también los que guardan el recuerdo de Fernández de Lugo y la obediencia que le es debida. Al fin y al cabo queda el respeto a la autoridad real, esa autoridad lejana e inasible pero veneradísima. Entonces, reunida la gente,

hecha la lista, pues, y reformados los caballos, es opinión recibida en todo el reino que Gonzalo Jiménez de Quesada, considerando las grandes conquistas que tenía entre manos y que éstas se deberán emprender a costa de los manifiestos peligros que produce la guerra, donde los malos sucesos habían de atribuir a su persona el juicio apasionado de sus émulos, y de las empresas felices que había de llevar la gloria el Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, de quien como Teniente suyo —Jiménez de Quesada— gobernaba el campo; y fiado en las esperanzas del amor y buen crédito que tenía entre sus soldados (habiéndoles juntado para el intento) renunció artificiosamente el cargo que tenía por nombramiento del Adelantado, diciendo no hallarse capaz para gobernarlos en aquella empresa que tan gloriosa había de ser para todos; y les pidió que por elección del campo se nombrase un Capitán General a quien todos obedeciesen, sin faltar a la obligación de fieles vasallos de Su Majestad, y que él sería el primero que conformándose con la elección de todos, y como hay palabras que pidiendo con eficacia persuaden a lo contrario de lo que proponen, oídas por los suyos comunicaron unos a otros lo que sentía, y en consecuencia de la propuesta fue nuevamente elegido y aclamado Capitán General por todo el campo, sin dependencia del Gobernador de Santa Marta, y así quedó según recuerda Fernández de Lugo.

Sin embargo, también sabe mover estos recursos cuando se presenta la necesidad de capturar y enjuiciar al cacique Sacuesaxigua. A fin de no provocar

un acto ostensible de abuso, el conquistador pedirá a Hernán Pérez que redacte una petición de captura al cacique por «no haber prestado juramento de fidelidad al Rey de España y tener escondidos los tesoros del Bogotá». Este escrito le servirá de cabeza de proceso para poder más tarde juzgar y ajusticiar al referido cacique. En suma «los capitanes y soldados pusieron acusación al Sagipa (cacique) ante su General diciendo que se había alzado con aquel oro y esmeraldas del Bogotá que por las causas arriba referidas pertenecían al Fisco Real».

Otro gesto de argucia, se da cuando zarpa Quesada en su famosa expedición en busca de «El Dorado». Hay gente que constantemente le hostiga y quiere volver a Santa Fe de Bogotá, cosa esta que mina lentamente el espíritu de la expedición. Pero llegó el día que hastiado ya de tanta petición concede permiso a un tal Maldonado para que retome simplemente a Santa Fe de Bogotá. Pero la partida de Maldonado debe traer también alguna ventaja y como sobran seis mujeres por haber desertado los soldados españoles que las tienen, le endosa las mismas a Juan Maldonado como presente de viaje...

Rodrigo de Bastidas recibe provisión real para poblar y colonizar Santa Marta que ha sido fundada en 1525. Pero los acreedores no le dejan partir y le secuestran. ¡Por más dineros que ha ganado como recaudador de almajorifazgos no alcanza a pagar sus deudas! Pero, afortunadamente para él, sus hombres le liberan y logra partir. Cinco carabelas y 450 personas acuden a la expedición, ante la perspectiva de fundar una colonia en Santa Marta. Sin embargo todo termina mal. A las carabelas las quemará Bastidas y a las personas, las destruirán los vicios que no respetan hombres ni mujeres. Inclusive Bastidas habrá de perecer algún tiempo después de «muerte natural», como diría Arciniegas. Es decir, de la misma muerte natural que victimaría a los Almagres, Pizarros, Valdivias, y tantos otros conquistadores. Muerte como consecuencia natural de varias puñaladas...

Pero hay indios que volver esclavos y oro que guardar en las alforjas. Por ello, Santa Marta crece y desarrolla como ciudad central en el Caribe. Pedro Fernández de Lugo, obtiene de la corona capitulación para adentrar la conquista y dominar Nueva Granada. Los dineros vienen de caudal propio, no de la corona. Y alguacil mayor de su expedición es Gonzalo Jiménez de Quesada.

Dieciocho naves, hombres con armadura, llegan a Santa Marta y ahí les esperan con la sonrisa burlona que el soldado viejo mira al bisoño. Ahí están, aún los remanentes humanos del primer gobernador Bastidas y del segundo, el muy ataviado García de Lerma. Pero también les aguardan las flechas enherboladas de los indios con su dosis inclemente de veneno amasado de raíces hondas de manzanilla, gusanos, sapos, arañas y mil insectos.

En vista de lo ocurrido Gonzalo Jiménez de Quesada dirige la expedición tierra adentro y saldrá de Santa Marta con aproximadamente 800 hombres, en abril de 1536. Como diría Vicente Restrepo:

La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada a descubrir los nacimientos del río Magdalena es una de las más atrevidas y gloriosas que registra la historia del descubrimiento de América. El joven Licenciado, de 36 años de edad, recién desembarcado en Santa Marta y extraño al oficio de las armas, dio en ella pruebas de constancia, intrepidez, prudencia y valor extraordinarios. Con 166 héroes, tan debilitados, que sesenta de ellos iban apoyados en bordones, enferma él mismo, hasta el punto que llegaron a temer sus compañeros que muriera en el camino, sube, no obstante, las agrestes serranías de Opón, penetra en el vasto y populoso país de los Chibchas, y somete un millón de hombres a la dominación española (p. 4).

Al desastre sigue el desastre y perecen muchísimos. Pero llegan al Río Grande de Magdalena, a pie. Otros, que van por mar con Urbino a la cabeza y cinco naves, fracasan al intentar surcar el cauce del río. Viene una expedición de auxilio y no llega porque Manjarrez, quien la dirige, es atrapado por la ley, en Santo Domingo, adonde llega en busca de naves y pertrechos.

Como si un extraño presagio se apuntara, los más de los compañeros de Quesada consideran prudente regresar a Santa Marta entendiendo que es cosa absurda ingresar a un territorio ignoto y tan lleno de peligros como se viene presentando. Sin embargo, Quesada, tozudo y empecinado, insiste y lleva adelante ésta una de las expediciones más azarosas que registra la historia de América.

Después de pasar mil sinsabores, de someterse a la caricia inclemente de todo género de insectos, caminando a la vera del río Magdalena, en medio boscales y montes casi impenetrables, seguirá adelante y por último llegará a las sabanas centrales. Ahí toma noticia que a los caciques que debe buscar les llaman el Zipa y el Zaque.

Acaso los enemigos más bravos que tienen se llaman niguas. No son hombres de carne y hueso sino unos insignificantes animalejos que penetran en los pies de los soldados, hinchándoles bárbaramente, y no permitiéndoles casi caminar. Pero todas estas cosas se vencen y finalmente la captura de Sacrexaxigua —Zipa de Bogotá—, luego de larga cacería compensa un tanto sus esfuerzos. A cambio de su libertad el Zipa, les ofrece un fabuloso rescate de oro. Se compromete a llenar una grande habitación con piezas de metal riquísimo. Y todos los días llegarán los cargueros a depositar su precioso bulto. Pero el Zipa ha puesto una condición: que nadie ingrese al aposento hasta que estuviere colmada.

Dóciles los españoles, por la ansiedad y la fruición que les despierta la proximidad de volverse ricos, respetan fielmente las órdenes de Sacrexaxigua. Y cuando todo está listo, al transcurrir los cuarenta días ingresan al recinto y lo encuentran vacío. ¿Cómo puede el indígena burlarse así de los españoles? Estos, desdichadamente, no han advertido que los mismos cargueros conforme entran al cuarto, cargados de oro, salen con el mismo contenido, haciéndoles burla cabal. Total el Zipa se ríe largos meses de los españoles. Casi diríase cuatro siglos... pues el oro no aparecerá en aquel territorio.

Una de las condiciones que más asombra en Jiménez de Quesada, es su permanente ánimo de aventurarse. Después que funda la ciudad de Santa Fe de Bogotá, va a España a gozar de sus dineros pero regresa pobre. Aposentado ya en la ciudad que funda, es un símbolo respetable y señero para la población. Aunque no gobierna, para todo lo trascendente se le consulta, y su altivez y respeto servirán de freno, muchas veces, a desmanes que los colonos y los bisoños constantemente ofrecen.

Pasados muchos años de la conquista, cuando ya es anciano, se le ocurre armar una expedición para buscar la ignota y fabulosa región de El Dorado. «No fue solo la ambición de la gloria, de los honores y de las riquezas la que incitó a Jiménez de Quesada a descubrir y conquistar lejanas tierras como añade el mismo historiador» (p. 54), pero esta trágica historia, esta funesta expedición que duró tres años, a la que salieron como a una fiesta, más de dos mil personas, entre españoles y solo volvieron sesenta y cuatro españoles. El adelantado mostró como siempre, un valor a toda prueba, una constancia invencible y una resistencia física muy superior a su edad».

Los últimos años del conquistador son bastante duros, en verdad. Muchos padecimientos le sobrecogen e, inclusive, la lepra y una sorpresiva orden real que llega un buen día. Cuenta Arciniegas (1939) que,

en cierto modo, Quesada va a ser víctima de su propio invento porque sus instrucciones para el buen gobierno aconsejaba al Rey hiciera casar a los españoles que pidieran repartimientos de tierras, para que la tierra se pueble y perpetúe. ¡Casarse él, Quesada, ahora que se acerca a los setenta años, y cuando a la caja de su cuerpo le han abandonado todos los arreos de la juventud!

Y bien. ¡Con qué humilde alegato se postra el Adelantado, ya viejo, ante las plantas del Arzobispo Juan de los Barrios, suplicándole que abra a prueba el tribunal eclesiástico para comprobar que no está ya en condiciones de casarse!. Soy encomendero, dice, del repartimiento de Chita, y no tengo edad para poderme casar [...] Hacer agora vida maridable con muger era un abrimme notoriamente la sepultura (p. 322).

Quesada fallece alrededor del año 1579 y en lugar llamado Mariquita, nombre poco avenido al temple de su espíritu...

Jiménez de Quesada, que en rigor no se llama Quesada sino Jiménez, nace hacia 1499, de suerte que vive 80 años, ¡caso los 80 años más azarosos que un hombre pueda pasar dentro del cuadro general de conquistadores! Pero su muerte, como ya se dijo, es agobiante y entristecedora. Sin embargo jamás le vence el abatimiento.

Mas la cualidad que en él predomina es la perseverancia en el fin propuesto y la indomable porfía con que se sobrepone a los hombres y a las cosas para realizar su ensueño, cualidad que lo acompañó en todo el curso de su existencia, así en su juventud cuando hacía surgir la luz de las civilizaciones occidentales ante los retrasados chibchas, teniendo que luchar contra sus más veteranos capitanes, que creían debía abandonarse la empresa, como en el ocaso de su vida, al sojuzgar a los indios gualíes y emprender peregrinación interminable en busca del fantástico Dorado [...] (Rivas, 1923a, p. 6).

Bibliografía

- Aguilar, Rafael (1927). *Historia de América: curso redactado conforme al programa oficial vigente de instrucción media*. 2 vols. Lima: H.G. Rozas.
- Arciniegas, Germán (1939). *Gonzalo Jiménez de Quesada*. Bogotá: ABC.
- Barrios Arana, Diego (1965). *Compendio de historia de América*. Santiago de Chile.
- Ballesteros Beretta, Antonio (1936-1965). *Historia de América y de los pueblos americanos*. Diversos tomos. Barcelona: Salvat Editores.
- Benites, Fernando (1950). *La ruta de Hernán Cortés*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Leguía, Guillermo (1934). *Historia de América: textos para los colegios de segunda enseñanza*. Tomo I. Lima: Impr. La voce d'Italia.
- Levene, Ricardo (1952). *Historia de América*. Tomo IV (sobre Hernán Cortés). Tomo VII (Sobre Jiménez de Quesada) Buenos Aires: Jackson.
- Magariños, Santiago (1945). *Hernán Cortés: estampas de su vida*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica.
- Madariaga, Salvador de (1957). *Corazón de piedra verde*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pereyra, Carlos (1938). *Breve historia de América*. Santiago de Chile: Edit. Zig-Zag.
- Pereyra, Carlos (1947). *Hernán Cortés*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina S.A.
- Pereyra, Carlos (1959). *Historia de la América española*. Tomos II y III. México: Editora Nacional.

Restrepo, Vicente (1897). *Apuntes para la biografía del fundador del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá.

Rivas, Raymundo (1923a). *Los fundadores de Bogotá*. Bogotá.

Rivas, Raymundo (1923b). *Diccionario bibliográfico*. Bogotá.